

DOMINGO XXXIV ORDINARIO “C”

SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

«Jesucristo es el Señor»

2 S 5, 1-3:
Sal 121, 1-5:
Col 1, 12-20:
Lc 23, 35-43:

*Ungieron a David como rey de Israel
Vamos alegres a la casa del Señor
Nos ha trasladado al Reino de su Hijo querido
Señor, acuérdate de mí, cuando llegues a tu Reino*

I. LA PALABRA DE DIOS

David es el ungido del Señor. Es “cristo” o “ungido” (*cristo* significa ungido). Se ungía a los reyes porque representaban a Dios en medio de su pueblo.

Jesús fue ungido por el Espíritu Santo públicamente en el Bautismo del Jordán. En la cruz es proclamado rey en el título de su condena y en la invocación del malhechor crucificado junto a Él.

La entronización del Rey del universo se hace en la cruz, suplicio de muerte para malhechores. El reinado de Jesucristo es el reinado de Dios, del amor y de la vida. Amor que tiene su máxima expresión en la cruz. Vida que gana para todos los hombres, entregándola en la cruz.

Cristo agonizante manifiesta su realeza sobre la muerte y el pecado. ¡Qué paradoja! A un hombre que es un hombre agonizante como Él, a un hombre que es un gran malhechor —y que recibe en el suplicio el pago justo por lo que ha hecho—, le dice con soberano aplomo: «**Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso**». Así es como reina Cristo. Ejerce su soberanía salvando. Basta una súplica humilde y confiada para que desencadene todo su poder salvador.

El himno recogido en esta carta a los **Colosenses** acumula título sobre título para exaltar la indescriptible grandeza de nuestro Señor. Dios Padre nos ha introducido en el reino de su Hijo gracias a que por la sangre de Cristo hemos sido redimidos, hemos quedado libres de nuestros pecados.

Esta sangre que fluye del costado de Cristo inunda todo, lo purifica, lo regenera, lo fecunda, y extiende por todas partes su eficacia salvífica. El dominio de Cristo sobre nosotros es para ejercer su influjo vivificante. Como Cabeza que es, toda la vida de cada uno de los miembros del Cuerpo depende de que acoja el señorío de Cristo sobre sí mismo. Más aún, el universo entero sólo alcanzará su plenitud cuando el reinado de Cristo sea total y perfecto y Dios sea todo en todos.

Nunca hemos de olvidar que nuestro Rey es un rey crucificado. En vez de salvarse a sí mismo del suplicio, como le pide la gente, prefiere aceptarlo para salvar multitudes para toda la eternidad. Mirando a este Rey crucificado entendemos que también nuestra muerte es vida y nuestra humillación victoria. Enten-

demos que el sufrimiento por amor es fecundo, es fuente de una vida que brota para la vida eterna. Mirando a este Rey crucificado se trastocan todos nuestros criterios de eficacia, de deseo de influir, de dominio.

II. LA FE DE LA IGLESIA

Cristo, Hijo único de Dios, y Señor
(436 – 451)

El nombre de **Cristo** es la traducción al griego del término hebreo **“Mesías”** que quiere decir **“ungido”**. En Israel eran ungidos en el nombre de Dios los que le eran consagrados para una misión que habían recibido de Él. Este era el caso de los **reyes**, de los **sacerdotes** y, excepcionalmente, de los **profetas**. Jesús cumplió la esperanza mesiánica de Israel en su triple función de sacerdote, profeta y rey. Jesús es el Cristo porque **«Dios le ungíó con el Espíritu Santo y con poder»**. Era **«el que ha de venir»**, el objeto de **«la Esperanza de Israel»**.

Su eterna consagración mesiánica fue **revelada** en el tiempo de su vida terrena en el momento de su **bautismo** por Juan. Durante su vida pública, **Jesús aceptó el título de Mesías** al cual tenía derecho, pero **no sin reservas**, porque una parte de sus contemporáneos lo comprendían según una concepción demasiado humana, esencialmente política.

El verdadero sentido de su realeza mesiánica no se **ha manifestado más que desde lo alto de la Cruz**. Y solamente después de su **resurrección** su realeza mesiánica podrá ser proclamada por Pedro ante el pueblo de Dios: **«Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Mesías a este Jesús a quien ustedes han crucificado»**.

El nombre de **Hijo de Dios** significa la relación única y eterna de Jesucristo con Dios su Padre: Él es el Hijo único del Padre y Él mismo es **Dios**. Para ser cristiano es necesario creer que Jesucristo es el Hijo de Dios.

Pedro confiesa a Jesús como **«el Cristo, el Hijo de Dios vivo»** y Jesús le responde con solemnidad **«no te ha revelado esto ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos»**. Este será, desde el principio, el centro de la fe apostólica, profesada en primer lugar por Pedro como cimiento de la Iglesia.

Si Pedro pudo reconocer el **carácter trascendente de la filiación divina de Jesús** Mesías es porque éste **lo dejó entender claramente**. Ante el Sanedrín, a la pregunta de sus acusadores: «*Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?*», Jesús respondió: «*tu lo dices: yo soy*». Ya mucho antes, Él se designó como el "Hijo" que conoce al Padre, que es distinto de los "siervos" que Dios envió antes a su pueblo, superior a los propios ángeles. **Distinguió su filiación de la de sus discípulos**, no diciendo jamás "nuestro Padre" salvo para ordenarles «*ustedes, pues, oren así: Padre Nuestro*»; y subrayó esta distinción: «*Mi Padre y vuestro Padre*».

Los evangelios narran en dos momentos solemnes, el **Bautismo** y la **Transfiguración** de Cristo, que la voz del Padre lo designa como su "*Hijo amado*". Jesús se designa a sí mismo como "*el Hijo Único de Dios*" y afirma mediante este título su **preexistencia eterna**. Pide la fe en "*el Nombre del Hijo Único de Dios*". Esta confesión cristiana aparece ya en la exclamación del centurión delante de Jesús en la cruz: «*Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*», porque es solamente en el misterio pascual donde el creyente puede alcanzar el sentido pleno del título "*Hijo de Dios*".

Después de su Resurrección, su filiación divina aparece en el poder de su humanidad glorificada: «*Constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su Resurrección de entre los muertos*». Los apóstoles podrán confesar «*Hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad*».

El nombre de Señor significa la soberanía divina. Confesar o invocar a Jesús como Señor es **creer en su divinidad**. «*Nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo*».

En la traducción griega de los libros del Antiguo Testamento, el nombre inefable con el cual Dios se reveló a Moisés, *YaHWeH*, es traducido por "*Kyrios*" ("Señor"). El Nuevo Testamento utiliza en este sentido fuerte el título "*Señor*" para el Padre, pero lo emplea también, y aquí está la novedad, para Jesús reconociéndolo como Dios.

A lo largo de toda su vida pública sus actos de **dominio sobre la naturaleza**, sobre las **enfermedades**, sobre los **demonios**, sobre la **muerte y el pecado**, demostraban la soberanía divina de Jesús.

Este título –“Señor”– expresa el **respeto** y la **confianza** de los que se acercan a Jesús y esperan de Él socorro y curación. Bajo la moción del Espíritu Santo, expresa el **reconocimiento** del misterio divino de Jesús. En el encuentro con Jesús resucitado, se convierte en **adoración**: «*Señor mío y Dios mío*». Enton-

quedará como propio de la tradición cristiana: «*¡Es el Señor!*».

Desde el comienzo de la historia cristiana, la afirmación del señorío de Jesús sobre el mundo y sobre la historia significa también reconocer que **el hombre no debe someter su libertad personal, de modo absoluto, a ningún poder terrenal sino sólo a Dios Padre y al Señor Jesucristo**.

La oración cristiana está marcada por el título "*Señor*", ya sea en la invitación a la oración "*el Señor esté con ustedes*", o en su conclusión "*por Jesucristo nuestro Señor*" o incluso en la exclamación llena de confianza y de esperanza: "*Maranatha*" ("¡el Señor viene!") o "*Maranatha*" ("¡Ven, Señor!"): «*¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!*».

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«*En el nombre de Cristo está sobrentendido el que ha ungido, el que ha sido ungido y la Unción misma con la que ha sido ungido: el que ha ungido, es el Padre, el que ha sido ungido, es el Hijo, y lo ha sido en el Espíritu que es la Unción*» (S. Ireneo de Lyon).

«*Que el Credo sea para ti como un espejo. Mírate en él: para ver si crees todo lo que declaras creer. Y regocijate todos los días en tu fe*» (San Agustín).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

*Te diré mi amor, Rey mío,
en la quietud de la tarde,
cuando se cierran los ojos
y los corazones se abren.*

*Te diré mi amor, Rey mío,
con una mirada suave,
te lo diré contemplando
tu cuerpo que en pajas yace.*

*Te diré mi amor, Rey mío,
adorándote en la carne,
te lo diré con mis besos,
quizá con gotas de sangre.*

*Te diré mi amor, Rey mío,
con los hombres y los ángeles,
con el aliento del cielo
que espiran los animales.*

*Te diré mi amor, Rey mío,
con el amor de tu Madre,
con los labios de tu Esposa
y con la fe de tus mártires.*

*Te diré mi amor, Rey mío,
¡oh Dios del amor más grande!
¡Bendito en la Trinidad,
que has venido a nuestro valle!*

Amén.